

# El placer de la lectura rigurosa Una reflexión para la lectura en el ámbito universitario<sup>1</sup>

## The pleasure of an accurate reading: A reflection for the reading in a university environment

Jaime Arbey Atehortúa Sánchez\*

### Resumen

*Se reflexiona en el texto en torno a la necesidad de replantear el concepto de placer que debe generar la lectura, entendido este como goce de sentidos distendido de compromisos, para propender hacia un proceso de decodificación que le demande a los universitarios la adecuación y estructuración de métodos y mecanismos —como el partir de preguntas orientadoras, el interactuar con hipótesis que apunten, de manera continua, a posibles sentidos del texto; el sopesar el raciocinio con el espíritu libre, creativo e imaginativo; el sistematizar (escribir) y meditar (pensar) acerca de la materia leída— para que el acercamiento al texto sea el pertinente al demandado en los claustros universitarios: idóneo, eficiente, riguroso, profundo... Al final se insiste en la necesidad de desterrar el facilismo de los procesos de lectura académica, para centrarse en una lectura exigente y formadora, que encontrará entre sus frutos la consolidación de lectores que comprendan, que interpreten, que asuman una posición crítica y que, por lo tanto, aprendan a disfrutar y a descollar gracias a que han encontrado el verdadero placer. Un lector que lee así no solo se estará adecuando a las demandas del ámbito académico, sino también a las exigencias de la vida misma.*

**Palabras clave:** *Lectura en la universidad, el placer de la lectura, lectura y rigurosidad*

<sup>1</sup> Ponencia presentada en el Sexto Congreso Internacional de la Cátedra Unesco para el Mejoramiento de la Calidad y Equidad de la Educación en América Latina con base en la Lectura y la Escritura: *La lectura y la escritura como criterios de calidad de la educación*. Universidad del Norte, Barranquilla, 15, 16 y 17 de junio de 2011. La reflexión se desprende de la investigación *Aplicaciones de un modelo metodológico en los procesos de lecto-escritura para los estudiantes de primeros semestres de la UCO*, línea de investigación en Comunicación Social, grupo de investigación GIBPSICOS (Grupo de Investigación Biopsicosocial) de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica de Oriente.

\* Docente Programa de Comunicación Social, Universidad Católica de Oriente (UCO); comunicador social-periodista, magíster en Lingüística. Miembro del grupo de investigación GIPSICOS de la UCO. Correo electrónico: [jatehortua@uco.edu.co](mailto:jatehortua@uco.edu.co)

**Abstract**

The writing reflects upon the necessity to rethink the concept of pleasure that the reading should generate; the idea is to understand it as the joy of the senses free of compromises, in terms of responding to a process of decoding that may demand to the university students education, methods' structure and ways such as starting from questions orientated, exchanging with hypothesis aiming in a continuous way to possible senses of the text, overcoming the thinking of the free spirit, creative and imaginative; to systematize (write) and meditate (think) about the subject they have read so that getting close to the text might be the proper one required at the university: suitable, efficient, accurate, deep... Finally it insist in the necessity to take out easy ways of facing process of the academic reading, to focus on an accurate and educational reading, that will come out with the consolidation of readers that may understand, interpret and assume a critical position and then may learn to enjoy because they have found the right pleasure. A reader that reads in that way is not only setting to the demand of the academic environment but even to the requirements of life itself.

**Key words:** Reading and pleasure, Accurate reading at the university, Reading and abduction

**Introducción**

*Leer es tan fácil, dicen aquellos a quienes la larga familiaridad con los libros ha quitado todo respeto por la palabra escrita; pero en cambio, quien trata hombres o cosas más que libros y debe salir todas las mañanas de su casa y volver de noche endurecido, cuando se repliega por casualidad sobre una página, se da cuenta de tener bajo los ojos algo áspero y poco común, evanescente pero fuerte al mismo tiempo, que lo agrede y lo descorazona. Es inútil decir que este último está más cerca de la verdadera lectura que el otro.*

CESARE PAVESE. **Leer.**

En «L'Unità» de Turín, 20 de junio de 1945

Una de las paradojas del ámbito académico, más concretamente del campo universitario, es que siendo la lectura el principal camino para acceder al conocimiento —tanto así que se es académico en la medida en que se ha leído (Casany y Morales, 2008, p. 15)—, es también una actividad

varias veces relegada, ya por la inapetencia generalizada, ya por las mismas cátedras que se limitan a una poca cantidad de escritos escasos de profundidad, ya por la misma tecnología que continúa engañando a muchos con la falsa promesa de la muerte del papel escrito.

De hecho, es triste admitir que el único contacto que tienen muchos de nuestros estudiantes con la actividad lectora se limita a ciertos emotivos libros, que de tanto en tanto aparecen con furor en la librerías, más aun en las esquinas de los parques, vendiendo la idea de la felicidad como un catálogo, del amor como una receta, o de los problemas de la juventud como un espejo en el que todos nos tenemos que mirar<sup>2</sup>. Y claro, la fórmula tiene sentido y cobra sus frutos, porque la lectura ha dejado de ser ese yunque en el que medimos nuestros propios pensamientos —¡nuestra propia vida!—, para darle paso a una actividad relegada netamente a los momentos de placer, de descanso, de domingo en un parque sombreado, de tarjeta de crédito para comprar la felicidad, de supermercado cerca de nuestra casa

2 Nos referimos, desde luego, a la llamada literatura de superación personal, la tendencia de ciertos autores de escribir y vender libros a granel con temáticas que son comunes a todos. Sin embargo, estamos convencidos de que toda literatura (incluidos los clásicos y los libros que paradójicamente la tradición ha satanizado) es de superación personal. Hay que recordar la frase del profesor Jaime Alberto Vélez (2000, p. 13), muy pertinente para lo que exponemos acá: «La mala literatura, como es apenas obvio, sólo produce malos lectores»... Y en relación con los *best-seller* de hoy, que pululan en las esquinas de los parques e, infortunadamente, en las exiguas bibliotecas del hombre de hoy: «¿Está demostrado, por ventura, que todo el que publica sabe escribir?» (p. 15).

para adquirir la mayor cantidad de artículos para enfrentar el resto de nuestro recorrido.

Pero, ¿no es ese, precisamente, el sentido de la lectura? ¿No es la lectura una actividad ligada netamente con el placer? Y si es así, ¿dónde queda la rigurosidad, el trabajo duro, el devanarse los sesos ante un libro? Es precisamente ese limbo entre la rigurosidad y el placer de la lectura el que tratará de abarcar la presente reflexión.

### Cuando el placer es sinónimo de facilidad

*Con el escritor de goce (y su lector) comienza el texto insostenible, el texto imposible. Este texto está fuera del placer, fuera de la crítica (...) no se puede hablar «del» texto, sólo se puede hablar «en» él a su manera, entrar en un plagio desenfrenado, afirmar históricamente el vacío del goce.*

Barthes, 2004, p. 56

En medio de las dificultades de la vida, es grato poder abrir un libro y, casi sin esfuerzo alguno, dejarse llevar por sus calles sin semáforos, sus vías libres de tropiezos y de trancones, para que en un santiamén encontremos el lugar al que queríamos llegar: la última página<sup>3</sup>. El placer de la lectura fácil se ha generalizado, de tal manera

que la felicidad que representa la lectura es directamente proporcional al poco esfuerzo y al poco estado de maduración<sup>4</sup> que necesitamos para seguir, desde que encontramos la primera mayúscula, hasta que llegamos al punto final. Y todo ese camino no solo lo ha solivariado el mismo mercado, porque en cualquier esquina encontramos libros mágicos para resolverlo todo, sino que también lo ha sostenido nuestro espíritu humano, egocéntrico y narcisista, que goza con verse reflejado en las aguas de esos libros, en los espejos que rodean la habitación del protagonista, en las situaciones que plantea el autor y que sin sonrojo pensamos que «eso lo pudimos haber escrito nosotros». El placer de este tipo de lectura no lo podemos desaprovechar; lo que sí tenemos que criticar es el hecho de que el ambiente académico demande, ofrezca y promueva este tipo de actividad, en detrimento mismo de la lectura y del concepto de placer que esta debe generar.

Por todo ello, no es raro que los estudiantes universitarios maldigan los textos académicos, las largas esperas en las fotocopias, los «ladrillos» como se suele escuchar en las cafeterías. Aducen que la lectura, como actividad de placer, no debe cortar las alas, cosa que logran estos textos duros de roer y difíciles de masticar<sup>5</sup>. De

3 Queremos diferenciar este afán moderno de «devorar, de tragar» (Barthes, 2004, p. 23), de «consumir» (Zuleta, 1985, p. 10), del a veces necesario y saludable «derecho a saltarnos páginas» (Pennac, 1993, p. 148), o de la lectura que «opone aquello que es útil para el conocimiento del secreto y aquello que no lo es por un simple principio de funcionalidad», pues como continúa exponiendo Barthes (2004, p. 21) «es el ritmo de lo que se lee y de lo que no se lee aquello que constituye el placer de los grandes relatos». Para Barthes, la lectura aplicada, sosegada, minuciosa, lenta, totalitaria, ardiente... es la que conviene al texto moderno (p. 23), mientras que la lectura «poco respetuosa de la integridad del relato» (p. 20) conviene a los textos clásicos, como los de Zola, Dickens, Balzac o Tolstoi, donde ciertos momentos «aburridos» (descripciones, anécdotas, consideraciones...) se pueden perfectamente obviar (p. 21). Lógicamente, el texto «moderno» al que alude Barthes no tiene nada que ver con las lecturas exotéricas que ligan el placer con la facilidad en el mundo de hoy; más bien se asemejan a las lecturas de corte académico y científico, escritas con intensidad y tensión, que le demandan al hombre moderno volver al «ocio de las antiguas lecturas», esto es, «masticar, desmenuzar minuciosamente» (p. 23).

4 La idea es de Barthes (2004, p. 67): «El goce del texto no es precario, es peor, es precoz; no se produce en el tiempo justo, no depende de ninguna maduración. Todo se realiza de una vez y este arrebato es evidente en la pintura actual: desde el momento en que es comprendida el principio de la pérdida se vuelve ineficaz, es necesario pasar a otra cosa. Todo se juega, se goza, en la primera mirada».

5 Con su tono irónico, el profesor Jaime Alberto Vélez (2000, p. 15) define este nuevo panorama que ha contagiado, a manera de excusa, a las nuevas generaciones: «Atrás quedaron los libros desgarradores, los duros, los densos, los desafiantes, o los simplemente distintos. La lectura no puede pretender cambiar, sacudir o estremecer al lector; tampoco informar o enseñar, si con ello se sacrifica el goce. Esto explica el porqué el mercado [sic] se haya inundado de libros fáciles, agradables y entretenidos. En tiempos difíciles como los que corren no se puede admitir la complejidad, la seriedad o la profundidad. No. Letra de gran tamaño y abundantes ilustraciones constituyen la clave del éxito (...). En virtud de este nuevo concepto, *La iliada* y *La eneida* —por citar como ejemplo dos libros

hecho, lo que pasa aquí es una transposición de esquemas<sup>6</sup> —del novelón lleno de lágrimas, al texto formador del carácter y del pensamiento—, de tal manera que la vida académica deba entrar al facilismo de las demás tareas comunes, ¡pero Dios nos libre del día en que la academia sea un campo sencillo! Por eso, el concepto de la lectura rigurosa, del trabajo duro, del arte difícil, debe anteponerse a esa falsa utopía de la lectura fácil, porque como lo diría Valéry (citado por Zuleta, 1985, p. 24) —y más en el campo académico—, lo que hay son lectores fáciles, no lecturas fáciles.

### La lectura rigurosa

Entonces, ¿qué hacer ante una lectura difícil?<sup>7</sup> Lo primero es lo primero, dirían los abuelos; es decir, lo primero es partir de alguna parte, tener un punto de referencia establecido, ya un problema, ya una pregunta, ya un mecanismo que el mismo título del texto mueva en nuestros esquemas, pero hay que partir de alguna parte. Es roída, como la frase de nuestros abuelos, pero el que no zarpa de ninguna parte en una lectura, no llega a ninguna parte.

Por eso, el texto debe ser tomado como un interlocutor, donde se entra a debatir, a confrontar, a discutir, a dialogar y a pedirle cuentas al mismo autor, con miras a la transformación típica de un acto comunicativo (Piña, 2005, p. 67) mediante la

intención del texto, porque si bien es cierto que el propósito del escritor es algo falible, también es cierto que la intención del texto es certera<sup>8</sup>. Y mejor que problematizar es el preguntar, el convertir cada título, cada imagen, cada capítulo nuevo, cada intertítulo, en un interrogante. Es, a diferencia de la lectura de placer ya reseñada, una constante pregunta, no una esperada respuesta. Hemos hablado de la lectura académica como un arte que demanda esfuerzo, que se antepone a lo fácil de digerir, que se convierte en un trabajo de perseverancia y de sudor. Demanda un ejercicio de generar inquietudes, de moverse entre los párrafos a la luz de un problema. Luego, ¿en qué más consiste el trabajo duro de la lectura? Una lectura académica debe ser enfocada desde el lente de la abducción, de la búsqueda progresiva de hipótesis; es conjeturar acerca de los sentidos posibles, para jugar (González *et al.*, 2003, pp. 52-56) al detective que va detrás de las pistas para desentrañar lo obscuro, lo misterioso (Sánchez, 2007, p. 24) para descifrar e interpretar lo que aparentemente no se ve. De la mano de las preguntas y del problematizar, la lectura académica demanda una interpretación, que no es más que la concatenación de las señales implícitas y explícitas del texto, en busca del código y del lenguaje interno del mismo. Como buen detective, el lector sigue las pistas, que paulatinamente tendrán que confluir en un sentido

---

clásicos antiguos— y *El proceso y El sonido y la furia* —para citar dos de este siglo— han ingresado, de repente, inesperadamente, a este índice posmoderno. Una nueva y santa inquisición, pues, se apresta a elaborar su vasto índice de libros prohibidos a nombre del fácil comercio bibliográfico. Alguien diría que la misma lectura, así sea sólo por placer, podría devolver a cualquiera una dosis de sensatez capaz de torcer este rumbo. Nada más inútil, sin embargo, que fomentar falsas ilusiones».

- 6 Cfr. Michèle Petit (2007, p. 11), antropóloga francesa, una de las estudiosas más reconocidas en nuestro hemisferio del tema de la lectura y su rol en la sociedad: «Existe una muy difícil conjunción (...) entre el placer inmediato y el encuentro con textos exigentes, difíciles».
- 7 Sin intentar hacer una panacea, el artículo pretende centrar la atención en unas pocas pero útiles estrategias que puede y debe realizar un lector en un ámbito universitario. No quiere decir que sean las únicas: compárense con las indicadas por la profesora Nana Rodríguez (2007, p. 94) en su investigación en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja. La investigadora alude al muestreo, la predicción, la inferencia, el autocontrol, la integración y la verificación, entre otras.
- 8 Cfr. Roland Barthes (2004, p. 64): «Como institución el autor está muerto: su persona civil, pasional, biográfica, ha desaparecido; desposeída, ya no ejerce sobre su obra la formidable paternidad cuyo relato se encargaban de establecer y renovar tanto la historia literaria como la enseñanza y la opinión. Pero en el texto, de algún modo, yo deseo al autor: tengo necesidad de su figura (que no es ni su representación ni su proyección), tanto como él tiene necesidad de la mía».

posible, en un «acuerdo tácito» entre lo que dice el texto, y lo que el lector descifra (Zuleta, 1985, p. 19). Por eso, ese desciframiento no se hace al azar, ni tampoco corresponde a la subjetividad desnuda de un decodificador; es más un trabajo de sometimiento —en el buen sentido del término— a lo que dice el texto<sup>9</sup>, porque hasta la misma realidad y el mismo lenguaje es autónomo, gracias a la resignificación y la recreación que el texto académico hace de su entorno.

Según todo esto, al parecer la lúdica, la recreación de sentidos y de nuevas emociones queda relegada en esta clase de lectura, pero eso es otra falacia. La creatividad y la imaginación (González *et al.*, 2003, p. 53) son dos actividades alternas a las de la memoria y del conocimiento que propician las lecturas de corte académico. En otras palabras, no es posible concebir una lectura sin los mecanismos de la ensoñación<sup>10</sup>, la fantasía, la recreación de mundos y la agudización de sentidos; eso, precisamente, también enmarcado en la demanda de un trabajo duro y constante. No está por demás admitir que dichas facetas serán más propicias de explotar desde la tribuna de la literatura —no reducida simplemente como una fórmula de entretenimiento, sino como una esplendorosa revolución permanente del lenguaje (Barthes, 2004, p. 125)—, sublimando los cuentos infantiles y las pequeñas crónicas de nuestros pasados aborígenes y nuestros ancestros culturales (Petit, 2007, p. 12), ¡y qué despojada de la magia y la ensoñación de la literatura está la academia de hoy! (Colomer, 2002, p. 10). Hay, así mismo, dos compromisos ineludibles en toda lectura rigurosa que se hace para el ambiente académico. Toda lectura debe propender

hacia un acto de registro —quizás un subrayado, una toma de notas... en todo caso, una puesta en marcha de la habilidad de escritura—, de tal manera que la confrontación con el pensamiento sea completo, puesto que ya se sabe que el que escribe, lee doblemente. Por eso, quizás, la lectura rigurosa sea tan esquiva entre nuestras aulas de clase, porque nos exige confrontar nuestro pensamiento con el de los demás, y, a la vez, nos demanda el manejar la letra escrita, tan resbaladiza y tan diciente de nosotros mismos, que nos esquiva, nos compromete, nos revela nuestros propios fantasmas (Atehortúa, 2010). Leer, pensar y escribir conforman una triada difícil de disolver, si se quiere la efectividad; pero son también difíciles de unir, si lo que se pretende es el placer por placer.

Lo anterior nos invita a una habituación con el texto, un vivir con él durante un lapso prudente, ni tan largo que impida el cumplir con los otros compromisos que tiene el estudiante en su quehacer cotidiano (y con sus otros roles sociales), ni tan corto que termine por banalizar los contenidos del texto. Este tiempo (Asensio, 2007) debe ser eficaz y eficiente, y no está ceñido exclusivamente a la cantidad. Esto quiere decir que la inmersión que hace el sujeto lector entre las aguas agitadas del discurso está supeditada a sus capacidades, su experiencia de lectura, sus competencias como decodificador textual, la tipología textual (Wong, 2005, p. 2) y, ya lo hemos insinuado, la disposición semanal destinada a las actividades académicas. Pero es un tiempo. Es triste ver cómo algunos universitarios, a pesar de que cuentan con un espacio adecuado entre sus ocupaciones cotidianas, prefieren emplear sus

9 Al respecto, señala Piña (2005, p. 68) que «el lector no parte nada más de sus propias refiguraciones, sino que los límites de su lectura estética están dados en el texto, prefigurados por la imaginación productiva».

10 En la ensoñación, como lo expone el profesor Jaime Alberto Vélez (2000, pp. 20-21) «la felicidad clandestina adquiere un carácter individual (...). Entre el soñador y el libro no existe ni puede existir nadie: he ahí el secreto de la lectura. Pasión secreta. La lectura implica una forma radical de autonomía individual». Esta visión coincide con la de Castronovo (2005) para quien «el estudiante debe empeñarse en un proyecto de trabajo altamente individualizado, en el sentido en que depende altamente de él (...)

días en actividades menos productivas, menos estimulantes y menos potencializadoras que la lectura. La discusión no gira en torno de la vertiginosidad de los tiempos actuales, y la necesidad de un hombre posmoderno, informático, que tome la salida de la superficialidad y la lectura de sondeo porque son múltiples los mensajes a los que se tiene que enfrentar diariamente, y por distintas vías; la discusión apunta hacia la consolidación del intelectual rumiante (Zuleta, 1985, p. 16), de aquel que tiene siempre un libro, una temática, una lectura en mente, dando vueltas, confundiendo entre las diligencias del banco, las caminatas hacia la universidad, las idas al baño, los momentos que anteceden al sueño. ¿Queda, entonces, relegado el placer de la lectura rigurosa? Desde luego que no. Por el contrario, solo lo difícil llega a ser placentero, en el sentido de generar satisfacción<sup>11</sup>. No hay nada como, después de una larga jornada de trabajo, llegar a la calidez de un hogar a descansar. Eso es placer; pero el placer aumenta a medida que el trabajo también se hace con gusto, con interés, si se ama lo que se hace, y si se hace con profesionalismo, con entrega. Por eso, solo la lectura rigurosa puede generar un verdadero placer, pues el conocimiento genera satisfacción (González *et al.*, 2003, p. 52), y solo se puede encontrar un placer verdadero en la lectura, después de que se ha trabajado a profundidad, con esfuerzo, dedicación y constancia.

## Conclusión

Por todo lo expuesto, la idea de la lectura fácil que genera placer debe ser desterrada de los ámbitos académicos. Más aún, el reto es trabajar hacia la construcción de una nueva visión<sup>12</sup>, donde el problematizar, el generar preguntas, el trabajar con hipótesis progresivas acerca de los posibles sentidos, el poner en juego la creatividad y la imaginación, el escribir y el pensar lo que se lee, el generar una autonomía e independencia crítica y rigurosa en el lector universitario (Castro, 2005), sean los caminos para encontrar la luz en la lectura. Para hacer de la rigurosidad de la lectura la senda para llegar al placer que toda lectura debe generar.

## Referencias bibliográficas

Asensio Lahoz, S. (2007). El placer por la lectura, un sueño a conseguir. *Redined, Red de Base de Datos de Información Educativa*. Recuperado de <http://www.doredin.mec.es/documentos/00620073000114.pdf>

Atehortúa Sánchez, J. A. (2010). *Mediador de lecto-escritura y técnicas de estudio*. Rionegro: Universidad Católica de Oriente. Recuperado de <http://www.uco.edu.co/academica/pedagogos/Documents/Libro%20Mediador%20de%20Lectoescritura%20y%20T%C3%A9cnicas%20de%20Estudio.pdf>

- 11 Barthes (2004, p. 25) —a pesar de la ambigüedad que le representa el origen de la palabra «placer» en su lengua francesa—, diferencia entre el texto del placer y el texto de goce en que el primero «contenta, colma, da euforia, proviene de la cultura, no rompe con ella y está ligado a una práctica confortable de la lectura», mientras que el segundo «pone en estado de pérdida, desacomoda (tal vez incluso hasta una forma de aburrimiento), hace vacilar (...) la congruencia de sus gustos, de sus valores y de sus recuerdos, pone en crisis la relación con el lenguaje». Sin lugar a dudas, creemos que la lectura rigurosa está más emparentada con la primera taxonomía del semiólogo francés, mientras que la lectura fácil está más relacionada con la segunda clasificación. Además, como más adelante lo menciona el mismo Barthes, «la crítica se ejerce siempre sobre los textos de placer, nunca sobre textos de goce (...)». El texto de placer no es forzosamente aquel que relata placeres; el texto de goce no es nunca aquel que cuenta un goce».
- 12 Compárese con las observaciones de Carmen María Sánchez (2007, p. 23), docente de la Universidad Javeriana, Bogotá: «La lectura, más que una acción, es una actitud, es una forma de estar en el mundo. La lectura no es simplemente tomar un libro y sentarse a leer, puesto que conjuga infinidad de verbos: buscar, descubrir, interpretar, soñar, preguntar, cuestionar, escuchar, refutar, compartir (...)».

Barthes, R. (2004). *El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de Semiología Literaria del Collège de France*. México: Siglo Veintiuno.

Casany, D. y Morales, Ó. (2008). Leer y escribir en la universidad: hacia la escritura y lectura crítica de géneros científicos. *Memorialia, Universidad Nacional Experimental de Los Llanos Ezequiel Zamora (Unillez)*. Cojedes, Venezuela, 12-30.

Castronovo, A. (2005) *La lectura en la universidad*. Recuperado de <http://www.unne.edu.ar/institucional/documentos/lecturayescritura08/castronovo.pdf>

Colomer, T. (2002). Una nueva crítica para el nuevo siglo. *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, 145, 3-20.

Delgado, W. (2002). El placer del texto. *Libros y Artes*. Recuperado de [http://www.bnp.gob.pe/portallbn/pdf/libros\\_y\\_artes/Librosyartes2\\_2.pdf](http://www.bnp.gob.pe/portallbn/pdf/libros_y_artes/Librosyartes2_2.pdf)

González, R. et al. (2003) La lectura, vinculación entre placer, juego y conocimiento. *Sinéctica*, 22, 52-57.

Guevara Parra, J. (1989). Reflexiones sobre el proceso de comprensión de lectura. *Glotta*, 4 (2), 45-49.

Pennac, D. (1993). *Como una novela*. Santa Fe de Bogotá: Norma.

Petit, M. (2007). Entrevista: La lectura como constructora de sujeto. *Impronta, Boletín de Novedades Editoriales*, 1 (3), 7-14.

Piña, L. (2005). El placer estético, la hermenéutica y el texto literario. *Revista de Humanidades. Tecnológico de Monterrey*, 19, 63-76.

Rodríguez Romero, N. (2007). ¿El placer del texto? Una investigación colectiva en el aula de clase. *Cuadernos de Psicopedagogía*, 4, 84-96.

Sánchez, C. (2007). El placer de leer. *Impronta, Boletín de Novedades Editoriales*, 1 (3), 7-14.

Vásquez Rodríguez, F. (1995). Lectura y abducción, escritura y reconocimiento. En Jurado Valencia, F. y Bustamante Zamudio, G. (comp.). *Los procesos de la lectura* (pp. 141-147). Santafé de Bogotá: Magisterio.

Vélez, J. (2000). Defensa del lector. *Leer y Releer*, 25, 1-18.

Zuleta, E. (1985). Conferencia sobre la lectura. En Zuleta, E. *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva y otros ensayos* (pp. 10-40). Bogotá: Procultura.

Wong, Ó. (2005). Importancia de la lectura en la vida cotidiana. *Acalán*, 36, 2-4.

